

cas ó morales, la acción del haschich (1), del datura, del opio, la proximidad de la apoplejía, diversas enfermedades inflamatorias, diversas alteraciones cerebrales, en una palabra, una cantidad de causas más ó menos lejanas ó próximas pueden fortificar así tal imagen ó tal serie de imágenes hasta anular la sensación especial represiva y, por tanto, producir la alucinación.—Pero aunque en todos estos casos la ilusión circunscrita por los reductores secundarios es destruída al fin por el reductor especial, se encuentra todavía un número mayor de casos en que ocurre lo contrario. Muy frecuentemente los enfermos, después de haber admitido durante más ó menos tiempo que sus fantasmas no eran más que fantasmas, acaban por creerlos reales, con el mismo título que las personas y los objetos que les rodean, con una convicción absoluta, sin que ninguna experiencia personal ni testimonio extraño alguno pueda arrancarlos de su error. Desde entonces, los reductores de segundo orden quedan anulados lo mismo que el reductor especial; la imagen preponderante, después de haber paralizado la sensación contradictoria de las demás imágenes normales, provoca las ideas delirantes y los impulsos irracionales. El alucinado está loco; la pérdida del equilibrio local ha producido poco á poco una pérdida de equilibrio general y creciente, como la parálisis de los músculos derechos, después de haber provocado la retracción y la deformidad de la cara en su parte izquierda, puede, por contagio, alterar las funciones contiguas y llevar la enfermedad á todo el cuerpo.

(1) Brierre de Boismont *ibid.*, 200. Relatos de muchas personas que habían tomado haschich.—*Ibid.*, 374.

Los ejemplos de esta clase abundan; elijo entre ellos uno referido por el doctor Lhomme, que muestra al pormenor todas las etapas de esta transformación espontánea y difunde grandes claridades sobre el mecanismo del espíritu.

En el mes de Marzo de 1862, el gendarme S..., está de servicio para una ejecución capital. Está de guardia durante una parte de la noche junto al condenado, asiste á la *toilette* y, en el momento de la ejecución, se encuentra á algunos pasos del patíbulo. Una vez cortada la cabeza, vé al ejecutor cogerla para *meterla en el cesto*... Declara que entonces ha tenido una emoción muy profunda; en el momento en que ha visto llegar al condenado, con el cuello desnudo y despojado de sus vestidos, ha sido presa de un temblor nervioso que no ha podido dominar y mucho tiempo después de la ejecución, le perseguía sin cesar *la imagen de aquella cabeza sangrienta que ha visto arrojar al cesto*.

Algún tiempo después, hablando con su aposentador le dice que no tiene buena opinión de los protestantes. «Este me respondió que estaba en un error, que había entre ellos gente muy honrada y aun personas de un rango elevado, y me citó al mismo ministro de la Guerra. Esta conversación me dejó preocupado y *me vino al pensamiento que mi oficial podría hacer una denuncia contra mí al ministro de la Guerra. Algunos días después, soñaba que, en efecto estaba condenado á muerte, por orden del ministro, sin haber sido juzgado. En mi sueño, me veía agarrotado y me empujaban hacia la guillotina rodándome como un tonel. Este sueño me impresionó vivamente. Se lo conté á uno de mis camaradas que se burló*

de mí; pero *me volvía con mucha frecuencia al espíritu.*»

El 1.º de Agosto, yendo de Sancerre á Sancergues, se embriaga, llega demasiado tarde y encuentra la gendarmería cerrada. Al día siguiente, el aposentador le dice que denunciará este retraso al teniente.—El 2 de Agosto está «un poco triste, sin estar enfermo.» El 3 de Agosto, dice «aunque había dormido bien no me encontraba como de ordinario, *pensaba en mi sueño...* y al dirigirme á la puerta para hacer mi servicio de centinela, me parecía que todo el mundo me miraba con aire singular y que oía á mis compañeros y á otras personas *cuchichear* que yo iba á ser *guillotinado*».

Aquella noche se acuesta á las once, después de haber limpiado sus efectos para las maniobras del día siguiente. «Hacia quizá veinte minutos que estaba acostado y no dormía todavía, cuando oí *ruído* en el reloj colocado sobre mi chimenea y después una *voz* que salía de allí y que me decía: «*Te marcharás, te marcharás; dentro de dos días te cortarán el pescuezo; tu cabeza, tu cabeza es lo que necesitamos*». Se levanta precipitadamente, mira en el reloj, no encuentra nada; cree que es una broma de sus compañeros, se pasa una parte de la noche buscando; á las cuatro de la mañana se levanta sin haber dormido y se macha á las maniobras sin hablar á nadie de la voz que había oído «y creyendo siempre que era una broma de sus compañeros». A la vuelta está fatigado y, sin embargo, no puede comer, limpia sus efectos; por la noche no siente ninguna gana de dormir y no se acuesta hasta la una. Apenas está en la cama oye la misma voz y las

mismas palabras que salen del reloj.—«Entonces me he levantado y no he dejado de pasearme, *muy convencido* de que me ejecutarían al día siguiente por la mañana y que por esto era esperado el teniente en Sancergues».

Se levanta temprano y baja. «Después de sorprenderse de que yo estuviera ya arreglado, el aposentador ha hablado en voz baja con mis compañeros *y me ha parecido oír* que les decía: *Vuestras carabinas están bien cargadas, vigiladle y no le dejéis escapar*».

Inmediatamente, vá á buscar su caballo y se escapa al galope sin saber á dónde; acaba por encontrar un bosque, baja, se oculta en una espesura, carga sus armas para defenderse, después se resuelve á matarse, se quita las botas para apretar con el pie el gatillo de su mosquete y se arrodilla para rezar primero una oración. «En seguida fuí interrumpido por la aparición de una figura con una gran barba que desapareció en seguida que la apunté, y, por tres veces diferentes, me interrumpieron la misma aparición ó figuras de polichinela que desaparecían cuando quería tirar sobre ellas. Veía también señoritas con miriñaque bailando sobre los árboles por encima de mi cabeza.»

Llegan los otros gendarmes; los amenaza con tirar sobre ellos, trata de quitarse su pantalón blanco para ocultarse mejor, oye volver á sus compañeros, tira sobre el primero que se presenta y trata de huir: le cogen. «Bien convencido de que me iban á conducir al suplicio, grité que me asesinaban; hasta me parecía haber visto diferentes veces á un gendarme sacar un cuchillo de su bolsillo para clavármelo en el vientre; y mis gri-

tos redoblaban». Atado y guardado con centinela de vista, no duerme en toda la noche. «Oía constantemente voces de mujer que decían: *¡Qué desgraciado, este pobre muchacho! Tienen que guillotinarle dentro de dos horas. Su cabeza tiene que ser enviada á Paris á las seis. El apesador ha recibido el cesto para meterla.* Todo el día y toda la noche del 6 ha pasado con las mismas ideas, sin conseguir un instante de reposo, ni tomar ninguna clase de alimento. Sólo el día 7, habiéndome echado en mi cama he podido dormir algunos instantes. Al despertar, me he sentido con la cabeza completamente despejada, aun acordándome perfectamente de lo que había pasado. He hecho presente á mis compañeros cuánto sentía lo que había hecho y me he informado en seguida del estado del que yo había herido». A partir de aquel momento, las alucinaciones han cesado, la razón de S... está intacta; ninguna alteración se ha producido en ella; está tranquilo y serio durante toda su permanencia en el asilo de locos; después vuelve á la brigada de gendarmería, y desde aquel momento, hace su servicio con mucha regularidad.

Pocos ejemplos hay más instructivos que éste; en él se sigue la alucinación desde su primer origen hasta su fin y su curación. El absceso mental comienza con una imagen terrible acompañada de una emoción extraordinaria. La imagen renace sin cesar y se hace obsesiva.—Se aferra á la idea del yo, y S... se imagina un caso en que él mismo podría estar en peligro.—Esta adhesión se hace definitiva y, en sueños, se vé conducido á la guillotina. Este sueño vuelve á visitarle durante la vigilia. Después de una falta, surge con

más fuerza. Las palabras mentales con que le expresa se convierten en un cuchicheo de sus camaradas y después una voz del reloj.—Vuelve á comenzar la voz y se forma la convicción.—Se superponen alucinaciones desordenadas de la vista y después del tacto. — Durante treinta horas, las voces continúan y la alucinación auditiva está en su máximo.—Después se vé de repente despejado, como si el absceso mental, llegado á la madurez, se hubiera abierto por sí mismo (1).

VI. Según estos ejemplos se puede formar una idea de nuestra máquina intelectual. Hay que dejar á un lado las palabras razón, inteligencia, voluntad, poder personal y aún la palabra yo, como se dejan á un lado las palabras fuerza vital, fuerza medicativa, alma vegetativa; estas son metáforas literarias, cómodas á lo sumo, para expresar estados generales y efectos de conjunto. Lo que el observador descubre en el fondo del ser vivo, en fisiología, son células de diversas clases, capaces de desarrollo espontáneo y modificadas en la dirección de su desarrollo por el concurso ó el antagonismo de sus células vecinas. Lo que la observación descubre en el fondo del ser que piensa, en psicología, son; además de las sensaciones, imágenes de diversas clases, primitivas ó consecutivas, dotadas de ciertas tendencias y modificadas en su desarrollo por el concurso ó el antagonismo de otras imágenes simultáneas ó contiguas. De igual manera que el cuerpo vivo es un polípe-

(1) *Annales médico-psychologiques*, 4.^a série, tomo II, pág. 238.

ro de células mutuamente dependientes; así el espíritu activo es un polípero de imágenes mutuamente dependientes; y la unidad, en el uno como en el otro, no es más que una armonía y un efecto. Cada imagen está provista de una fuerza automática y tiende espontáneamente á cierto estado que es la alucinación, el recuerdo falso y el resto de las ilusiones de la locura. Pero se ve detenida en esta marcha por la contradicción de una sensación de otra imagen ó de otro grupo de imágenes. La detención mútua, el impulso recíproco, la represión, constituyen en su conjunto un equilibrio; y el efecto que se acaba de ver producido por la sensación correctora especial, por el encadenamiento de nuestros recuerdos, por el orden de nuestros juicios generales, no es más que un caso de rectificaciones perpétuas y de limitaciones incesantes, que operan continuamente en nuestras imágenes y en nuestras ideas. Este balance es el estado de vigilia razonable. Tan pronto como cesa por la hipertrofia ó la atrofia de un elemento, nos volvemos locos en totalidad ó en parte. Cuando dura más de cierto tiempo, la fatiga es demasiado fuerte, nos dormimos; nuestras imágenes no están ya reducidas y conducidas por las sensaciones antagonistas procedentes del mundo exterior, por la represión de los recuerdos coordinados, por el imperio de los juicios bien unidos; á partir de entonces, adquieren su desarrollo completo, se cambian en alucinaciones, se ordenan libremente según tendencias nuevas; y el sueño tan poblado de sueños intensos, es un reposo, porque suprimiendo una opresión produce una expansión.

Pero al mismo tiempo, el lector ha podido ob-

servar la naturaleza de la imagen. Para esto es preciso que permanezca en el punto de vista en que nos hemos colocado provisionalmente. Nosotros no entramos todavía en la fisiología; nos limitamos á la psicología pura. No hablamos de los nervios, de la médula ó del cerebro. Dejamos á un lado la conmoción desconocida que, en contacto con un objeto exterior, llega al extremo exterior del nervio; se trasmite á la médula, llega á la protuberancia, se irradia por las circunvoluciones, persiste en los centros nerviosos y más tarde, se renueva en ellos. No examinamos el vínculo que le une con la sensación y con la imagen. Observamos al hombre, no con el microscopio ó el escalpelo, sino con esa vista exterior que se llama conciencia, y comparamos directamente la imagen con la sensación.—En este recinto limitado y en este sentido preciso, se acaba de ver que la imagen, con estimulantes físicos diferentes y un reductor especial, tiene la misma naturaleza que la sensación.—Da lugar á las mismas combinaciones de ideas derivadas y superiores: el jugador de ajedrez que juega con los ojos cerrados, el pintor que copia el modelo ausente, el músico que oye una partitura al leer su cuaderno, establecen los mismos juicios, hacen los mismos razonamientos, experimentan las mismas emociones que si el tablero, el modelo y la sinfonía afectasen á sus sentidos. Provoca los mismos movimientos instintivos y las mismas sensaciones asociadas: el hombre á quien se presenta un manjar repugnante, que vá á sufrir una operación quirúrgica, que recuerda un accidente doloroso ó terrible, se extrememece, duda, tiene náuseas, solo por la presencia de la imagen, como por la presencia de la sensa-

ción misma.—Aunque ordinariamente fragmentaria, fugitiva y más débil, alcanza en muchos casos, en la extraordinaria concentración de la atención excesiva, en las emociones violentas y súbitas, en la proximidad inmediata de la sensación correspondiente, la plenitud de pormenores, la claridad, la energía, la persistencia de la sensación.—Finalmente, considerada en sí misma, y libertada de la reducción que la impone su correctivo especial, adquiere la exterioridad aparente, cuya falta, aún en su máximun de intensidad, la distingue ordinariamente de la sensación; la adquiere por un momento imperceptible en la mayoría de los casos; la adquiere por algunos segundos ó minutos en ciertos ejemplos auténticos; la adquiere por varias horas, días ó semanas, el semi-sueño, el sueño completo, el éxtasis, el hipnotismo, el sonambulismo, la alucinación, en las perturbaciones diversas provocadas por el opio y el haschich, en diversas enfermedades cerebrales ó mentales; y la adquiere con ó sin lesión, con lesión parcial ó total del equilibrio normal que mantiene reunidas las demás ideas y las demás imágenes.—Se la puede pues definir, como una repetición ó resurrección de la sensación, distinguiéndola de la sensación, primero por su origen, pues tiene por precedente la sensación, mientras que la sensación tiene por precedente la conmoción del nervio, y después por su asociación con un antagonista, porque tiene diversos reductores, entre otros la sensación correctora especial, mientras que la sensación propiamente dicha no tiene reductor.

Llegados á esto, comprendemos su naturaleza; al resucitar la sensación la reemplaza; es un sus-

tituto, es decir, una cosa diferente en ciertos respectos, semejante en otros; pero de tal manera, que estas diferencias y estas semejanzas son ventajas. Más adelante se verá cuales son estas ventajas. Las imágenes de cierto género, constituyen los recuerdos, es decir, el conocimiento de los sucesos pasados. Las imágenes asociadas á las sensaciones de los diversos sentidos, y particularmente de la vista y del tacto, constituyen las percepciones adquiridas, es decir, todo lo que en el conocimiento de los objetos individuales exteriores excede de la sensación actual grosera. Las imágenes de cierto género y asociadas de cierta manera, constituyen las previsiones, es decir, el conocimiento de los sucesos futuros.—De igual modo que el conocimiento de las cualidades generales no es posible más que por la *sustitución* de las percepciones y las imágenes por los signos, así el conocimiento, sea de los sucesos futuros ó pasados, sea de las propiedades agrupadas que componen cada objeto individual exterior, no es posible sino por la *sustitución* de las imágenes por sensaciones. Lo mismo que en la historia de la respiración ó de la locomoción se vé que por un ligero cambio, un elemento orgánico se convierte en el instrumento de una función más complicada y después, por una segunda modificación superpuesta, ejecuta una función superior; así en la historia de la inteligencia, se vé que un elemento psicológico, mediante una pequeña modificación, sirve para operaciones muy extensas y después, por una segunda modificación superpuesta, realiza operaciones tan complejas, tan delicadas y numerosas que parecían estar para siempre fuera de su alcance.